

tan entre las hojas de los libros.

Preferir la sonrisa de la hija del guardián a los tesoros ocultos en los sótanos bancarios.

Proyectar de sí formidables amaneceres de soles para regocijo de las humanidades presentes y futuras.

Después de haber estudiado a los más grandes maestros de las edades, anhelar que ellos pudieran venir a su vez a estudiarle. Manifestarse en todo como un Dios.

* * *

Acertar con la forma literaria adecuada al tono y a los múltiples sentidos de su "buena nueva" era empresa ante la cual empalidecían todas las de Hércules.

Cuarenta años transcurrieron, densos, eléctricos, antes que Whitman moldeara definitivamente las intuiciones torrenciales y con frecuencia contradictorias de su genio.

Cuarenta años de luchas con el verbo y el ritmo, de variantes y de refundiciones literarias.

* * *

Diez ediciones de las *Hojas de hierba* vieron la luz en vida de Whitman. A cada nueva edición el libro crecía, se transformaba, tornándose de más en más monumental. Pero siempre era *el mismo libro*.

La idea niveladora, el amor por los hombres comunes, el ennoblecimiento de todas las variedades del *profanum vulgus*, la pasión de la Naturaleza y de la libertad humana, el culto religioso del trabajo manual, estallando en himnos a todos los oficios, la apoteosis del sensualismo fecundo y de la belleza física, centellean en sus poemas como la espada del Arcángel a la entrada del *Paraíso perdido* de Milton.

La música sinfónica que solivianta sus versículos es comparable a la de los más potentes acordes de Wagner.

Ciertos pasajes de algunos de sus cantos sobrepujan en brío y en trascendencia a los más próceres de todos los tiempos. Sólo Nietzsche en el poema de *Los siete sellos* alcanza la altura y el vuelo lírico del yanqui.

Los poemas de Walt Whitman eran conocidos en Alemania antes de 1868.

El poeta Freiligrath había ya publicado un estudio acerca del aeda democrático en la *Allgemeinen Zeitung*.

Nietzsche por esos días se hallaba en Leipzig. Aun no había sido nombrado profesor de filología en Bale (1869). Su primera obra, *El origen de la tragedia*, apareció en 1872; la *Gaya Ciencia*, en 1884; *Aurora*, en 1886; y la primera parte del *Zaratustra* la escribió en 1883. Las cuatro partes conocidas de esta epopeya aparecieron de 1883 a 1886.

Según el plan de Nietzsche inserto en la edición de sus *Obras póstumas* (t.XII), el *Zaratustra* debía constar de seis partes. El capítulo final de la sexta parte corta del modo más completo el viejo nudo de sus contradicciones.

En él, *Zaratustra* anuncia a los hombres congregados a su alrededor que la lucha de clases ha concluido, lo propio que la moral de los dominadores. Afirma que en ese plano de la evolución, la especie humana tiene una sola tabla y un solo ideal. Tras reiterar su esperanza en la aparición del Superhombre, proclama su nueva fe: *que la vida volverá a comenzar* (1). En seguida les pregunta: *¿Queréis todo eso una vez más?* Todos contestan: *¡Sí!* Y *Zaratustra* muere de alegría. En este extraño desenlace parece percibir más la influencia del numen democrático de Whitman, que la del gran Fichte, de Holderlin y de Emerson, autores predilectos de su juventud.

El cosmos yanqui era, en su vida y en su naturaleza, lo que el poeta germano había soñado ser: la fuerza y la dulzura, la belleza y el desinterés.

* * *

Walt Whitman ejerció de enfermero voluntario durante la guerra de la Sección. En los hospitales de Washington contrajo la enfermedad que minando su organismo titánico degeneró en treinta años de parálisis.

Nietzsche fue también enfermero durante la guerra franco-prusiana (1870-

(1) Es la famosa idea del Retorno que Nietzsche creía haber sido el primero en imaginar (1881). (*) Antes que él, Kierkegaard había escrito: *El que desca recomenzar, ese es un hombre*. W. Whitman, veinte años antes, repite la misma idea, con leves variantes, en distintos poemas.

(*) Idea multimilenaria, clave cardinal de la Teosofía.